El Asesinito

Alvaro Amaya

Image not found.

Capítulo 1

El Asesinito

Cuento

Lo conocí cuando una vez por razones de trabajo visitaba la ciudad de Quezaltenango, a la que iba con cierta frecuencia desde la capital. Ya tarde esa noche, con mi amigo César buscamos algún lugar para conversar y tomar algunos tragos.

Su bar, en la parte menos iluminada de la ciudad tenía piso y paredes de piedra con mesas y bancas de sólida madera, de un oscuro color café tostado casi negro, que con las piedras del piso, daban el aspecto frío y sombrío que era compensado por el poco ruido que nos permitía conversar.

En vez de tomarnos la orden, el dueño, con toda naturalidad se sentó con nosotros necesitado de ser oído y aceptado. Sonrisas, ojos chiquitos y vivaces, sencillo y suavemente afable, nos dijo que no había qué comer pero sí bastante alcohol para beber.

A partir de esa vez le llevábamos alimentos crudos que él nos preparaba. El costo de la confianza que nos otorgó, lo pagábamos soportando que se sentara a nuestra mesa, suspendiendo lo que queríamos hablar para oírlo a él.

Durante seis años había estado en prisión porque había matado a un hombre.

Definitivamente no encajaba…ese delgadito de baja estatura, hombrecito esmirriado de pelo negro ensortijado y con esa sumisa y perruna necesidad de aprobación, no era para mí la figura de un cruel asesino.

Desde ese momento pensé que “asesinito” sería para él una mejor descripción.

Fue la vez que se encontró en la calle con el hombre grandulón que se había acostado con su mujer y que por encima de esa ofensa, lo escupió en la cara y le dijo que era poco hombre, un marica, que le faltaba aquello.

La rabia quemante le prendió la cabeza y enceguecido por el resplandor, solo recordaba su mano disparada hacia atrás, hacia su pistola. Cuando regresó a la conciencia, ya estaba en la prisión nos contó con una sonrisa

triste y resignada.

El “asesinito” nos ponía la música que él creía que nos gustaba y se acostumbró a que le avisara anticipadamente por teléfono, cuando planeaba llegar a la ciudad. De esa forma nos preparaba la comida que queríamos comer con los tragos de rigor.

Durante dos años ese fue nuestro escondite preferido.

La vez que me enteré, me desagradó saber que para alguna gente de la ciudad, él era un hombre malo al que mostraban un respeto que en la realidad, no era más que un miedo infundado.

Un día encontramos el lugar cerrado.

Ocurrió que una noche cuando cerraba el bar, al volverse después de girar la llave, se encontró cara a cara y de sopetón, con un hombre en la oscuridad de la noche.

Nuevo ataque de susto, miedo, adrenalina y los dos fogonazos.

Esta vez ya no nos pudo contar nada porque cuando despertó…, ya no fue de este lado.

Álvaro Amaya, Guatemala,C.A.

Subido a www.megustaescribir.com, el dia 9 de Junio de 2017. Fotografía: Pixabay.